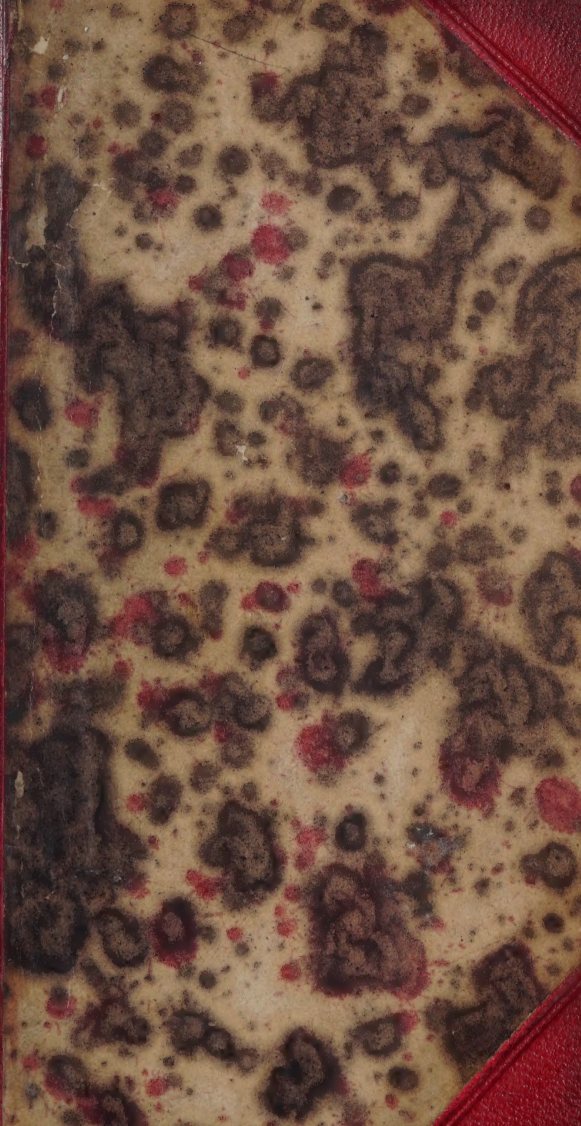
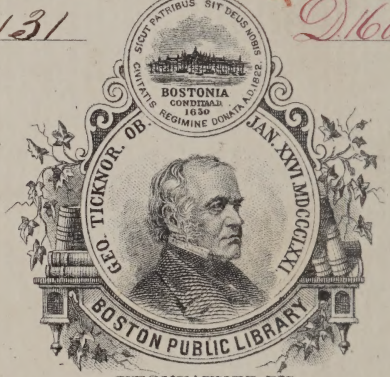


Accessions 116131

Shelf No. D16ot.55



BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871

I. 5.

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

https://archive.org/details/vidadelazarillod00hurt

VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

POR

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

COTEJADA CON LOS MEJORES EXEMPLARES Y CORREGIDA

POR

J. J. KEIL.

EN GOTHA,

POR CARLOS STEUDEL.

1810.

LIBRARY THE CITY OF BOSTON

D.160 L
.55

116131
Ch. T.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

POR

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

PRÓLOGO.

Yo por bien tengo, que cosas tan señaladas y porventura nunca oidas, ni vistas, vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido: pues podria ser, que alguno, que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren, tanto los deleite. Y á este propósito dice Plinio, que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena: mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas

tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto para que ninguna cosa se debria romper, ni echar á mal, si muy detestable no fuese, sino que á todos se comunicase: mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar della algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo. Y quieren ya que lo pasan ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de que se las alaben.

Y á este propósito dice Tullio: la honra cria las artes. — ¿ Quien piensa, que el soldado, que es primero del escala, tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro. Y así en las artes y letras es lo mismo.

Predica muy bien el presentado, y es hombre, que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su Merced, si le pesa quando le dicen: ¡o que maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia! — Justó muy ruinmente el señor Don Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas. ¿Qué hiciera, si fuera verdad?

Y todo va desta manera: que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará, que hayan parte, y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean, que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico á Vuestra Merced, reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran.

Y pues Vuestra Merced escribe, se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona, y tambien porque consideren los que heredáron nobles estados, quan poco se les debe, pues fortuna fué con ellos parcial, y quanto mas hiciéron los, que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando saliéron á buen puerto.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué.

Pues sepa Vuestra Merced ante todas cosas, que á mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Thome Gonzalez y de Antonia Pérez, naturales de Tejáres, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la qual causa tomé el sobrenombre: y fué desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenia cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel rio, en la qual fué molinero mas de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí.

De manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacáron á mi padre ciertas sangrias mal hechas en los costales de los que allí á moler venian: por lo qual fué preso, y confesó, y no negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios, que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados.

En este tiempo se hizo cierta armada contra Moros, entre los quales fué mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero, que allá fué; y con su señor, como leal criado, feneció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos, por ser uno dellos; y vínose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metíase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba

la ropa á ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena. De manera que fué freqüentando las caballerizas, ella y un hombre moreno, de aquellos que las bestias curaban, viniéron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana; otras veces de dia llegaba á la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo al principio de su entrada pesábame con él, y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que ví, que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leña á que nos calentábamos.

De manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito muy bonito, el qual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome, que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozue-

lo, como el niño via á mi madre y á mí blancos, y á él no, huia dél con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: ¡madre, coco! — Respondió él riendo: ¡hideputa! — Yo aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dixe entre mí: quantos debe de haber en el mundo, que huyen de otros, porque no se veen á sí mismos.

Quiso nuestra fortuna, que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oidos del mayordomo, y hecha pesquisa hallóse, que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia perdidas, y quando otra cosa no tenia, las bestias desherraba: y con todo esto acudia á mi madre, para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo, ni de un fraile, porque el uno

hurta de los pobres, y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, quanto á un pobre esclavo el amor le animaba á esto.

Y probósele quanto digo, y aun mas; porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria quanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras, que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotáron y pringáron, y á mi madre pusiéron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia: y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana: y allí padeciendo mil importunidades, se acabó de cri-

ar mi hermanico, hasta que supo andar, y á mí, hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas, y por lo demas que me mandaban.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Como Lázaro se puso á servir y adestrar un ciego.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, el qual pareciéndole que yo seria para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole, como era hijo de un buen hombre, el qual por ensalzar la fe habia muerto en la batalla de los Gelves, y que ella confiaba en Dios, no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. El respondió, que así lo haria, y que me recibia no por mozo, sino por hijo.

Y así le comencé á servir y adestrar

á mi nuevo y viejo amo. Como estuvímos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo, que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y quando nos hubímos de partir, yo fuí á ver á mi madre, y ámbos llorando, me dió su bendicion y dixo: hijo, ya sé, que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guie. Criado te he, y con buen amo te he puesto: válete por tí. — Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salímos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro. Y el ciego mandóme, que llegase cerca del animal, y allí puesto me dixo: Lázaro, llega el oido á este toro, y oirás gran ruido dentro dél. — Yo simplemente llegué, creyendo ser así, y como sintió, que tenia la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano, y dióme una gran calabazada en el dia-

blo de toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada, y díxome: necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo; y rió mucho de la burla. Parecióme, que en aquel instante desperté de la simpleza, en que, como niño, dormido estaba, y dixe entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer.

Comenzámos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decia: yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. — Y fué así: que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á Vuestra Merced estas niñerias, para mostrar, quanta virtud sea saber los hombres subir, siendo

baxos, y dexarse baxar, siendo altos, quanto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego, y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa, que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro: un tono baxo, reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba: un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponia quando rezaba, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos, para mugeres que no parian, para las que estaban de parto, para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija. Pues en caso de

me-

medicina, decia, Galeno no supo la mitad que él: para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: haced esto, haréis estotro: coced tal hierba, tomad tal raiz. — Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que quanto les decia creian. Destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes, que cien ciegos en un año.

Mas tambien quiero que sepa Vuestra Merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamas tan avariento ni mezquino hombre no ví: tanto, que me mataba á mí de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad, si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces mi finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre ó las

mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las quales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo.

Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave: y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle ménos una migaja. Mas yo tomaba aquella lacéria que él me daba, la qual en ménos de dos bocados era despachada, y despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba á coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así buscaba conveniente tiempo para reha-

cer no la chaza, sino la endiablada falta, que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podia sisar y hurtar traia en medias blancas, y quando le mandaban rezar, y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, quando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿qué diablo es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de ántes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar, y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado, que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase

por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar voces, diciendo: mandan rezar tal y tal oracion; como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, quando comiamos. Yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, ántes lo tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman, que así traxese á sí, como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenia hecha, la qual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dexaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo como estaba he-

cho al vino, moria por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sútil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo: y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego, á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos: y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la qual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Quando el pobrete iba á beber, no hallaba nada. Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo que podia ser.

No diréis, tio, que os lo bebo, yo decia, pues no le quitais de la mano.

Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló, como si no lo hu-

biera sentido. Y luego otro dia, teniendo yo rezumando mi jarro, como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso liquor. Sintió el desesperado ciego, que agora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dexó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder: de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, ántes como otras veces estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció, que el cielo con todo lo que en él hay, le habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metié-

ron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los quales hasta hoy dia me quede.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví, que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas, que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose decia: ¿qué te parece, Lazaro? lo que te enfermó te sana y da salud. — Y otros donaires, que á mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto, por hacello mas á mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazon, y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento, que el mal ciego desde allí adelante me hacia: que sin

causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome.

Y si alguno le decia, porque me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: pensais, que este mi mozo es algun innocente; pues oid, si el demonio ensayara otra tal hazaña. — Santiguándose los que lo oian, decian: mira, quien pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad. Y reian mucho el artificio, y decíanle: ¡ castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habreis! — Y él con aquello nunca otra cosa hacia. Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño. Si habia piedras, por ellas; si lodo, por lo mas alto: que aunque yo no iba por lo mas enxuto, holgábame á mí de quebrar un ojo, por quebrar dos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el qual siempre traia lleno de to-

londrones, y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba, ni me creia; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea Vuestra Merced á quanto se estendia el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos, que con él me acacciéron, en el qual me parece dió bien á entender su gran astucia. Quando salímos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: mas da el duro, que el desnudo. Y venímos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos: donde no, á tercero dia hacíamos San Juan.

Acaeció que llegando á un lugar, que llaman Almorox, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió

un racimo dellas en limosna: y como suelen ir los cestos mal tratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que á él se llegaba: acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme, que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dixo: agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos desta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva; yo haré lo mismo, hasta que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño. — Hecho así el concierto, comenzámos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y co-

menzó á tomar de dos en dos, considerando que yo debria hacer lo mismo. Como ví, que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podia las comia.

Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dixo: Lázaro, engañado me has; juraré yo á Dios, que has tú comido las uvas tres á tres.

No comí, dixe yo; mas ¿ porque sospechais eso?

Respondió el sagacísimo ciego: sabes en que veo que las comiste tres á tres, en que comia yo dos á dos, y callabas. — Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté mucho la discreta consideracion del ciego.

Mas por no ser prolixo, dexo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer

amo me acacciéron, y quiero decir el despidiente, y con él acabar.

Estábamos en Escalona, villa del Duque della, en meson, y dióme un pedazo de longaniza, que le asase. Ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el qual, como suelen decir, hace el ladron: y fué, que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del qual solamente sabia que habia de gozar, no mirando que me podria suceder, pospuesto todo el temor, por cumplir con el deseo, entanto que el ciego sa-

caba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador, el qual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado.

Yo fuí por el vino, con el qual no tardé en despachar la longaniza: y quando vine, hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al qual aun no habia conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo. Alteróse y dixo: ¿ qué es esto, Lazarillo?

¡ Lacerado de mí, dixe yo, si quereis á mí echar algo! ¿ yo no vengo de traer el vino? ¡ alguno estaba ay, y por burlar haria esto!

¡ No, no, dixo él, que yo no he

dexado el asador de la mano: no es posible!

Yo torné á jurar y perjurar, que estaba libre de aquel trueco y cambio, mas poco me aprovechó; pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asióme por la cabeza, y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo, á uso de buen podenco. Por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la qual él tenia luenga y afilada, y aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la qual me llegó á la gulilla. Con esto y con el gran miedo que tenia, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago, y lo mas principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, me-

dio casi ahogándome: todas estas cosas se juntáron y fuéron causa, que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño. De manera que ántes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella: de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo saliéron de mi boca.

¡O gran Dios! quien estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el coraje del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dexara con la vida. Sacáronme dentre sus manos, dexándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara, y rascuñado el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecia, pues por su maldad me venian tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego á todos quantos allí se allegaban mis desastres, y

dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente, que por la calle pasaba, entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan mal tratado y llorando, me parecia que hacia sin justicia en no se las reir.

Y en quanto esto pasaba á la memoria me vino una cobardía y floxedad, que hice, porque me maldecia, y fué no dexalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado: que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa; y con ser de aquel malvado, porventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. ¡Pluguiera á Dios, que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así!

Hi-

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino, que para beber le habia traido, lavároнme la cara y la garganta, sobre lo qual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad, mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos. Á lo ménos, Lázaro, eres en mas cargo al vino, que á tu padre; porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba, quantas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. — Yo te digo, dixo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú. — Y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba.

Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre,

que sin duda debia tener espíritu de prophecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel dia me dixo, salirme tan verdadero, como adelante Vuestra Merced oirá.

Visto esto y las malas burlas, que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dexalle, y como lo traia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego, que me hizo, afirmélo mas. Y fué así: que luego otro dia salímos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche ántes, y porque el dia tambien llovia, y andaba rezando debaxo de unos portales que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venia, y el llover no cesaba, díxome el ciego: Lázaro, este agua es muy porfiada, y quanto la noche mas cierra, mas recia; acogámonos á la posada con tiempo.

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande; yo le dixe: tio, el arroyo va muy ancho, mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas aina sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando, pasarémos á pie enxuto.

Parecióle buen consejo, y dixo: discreto eres, por esto te quiero bien; llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, que agora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados.

Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debaxo los portales, y llevélo derecho de un pilar ó poste de piedra, que en la plaza estaba, sobre el qual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díxele: tio, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. — Como llovia recio, y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua, que encima

nos caia, y lo mas principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme dél venganza. Creyóse de mí, y dixo: ponme bien derecho, y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto, y póngome detras del poste, como quien espera tope de toro, y díxele: sus, salta todo lo que podais, porque deis deste cabo del agua. — Aun apénas lo habia acabado decir, quando se abalanza el pobre ciego como cabron, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atras de la corrida, para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio, como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atras medio muerto y hendida la cabeza.

¿Cómo, y olistes la longaniza, y no el poste? oled! le dixe yo. — Y dexéle en poder de mucha gente, que

lo habia ido á socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y ántes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios dél hizo, ni curé de lo saber.

CAPÍTULO TERCERO.

Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me topáron mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó, si sabia ayudar á Misa. Yo dixe que sí, como era verdad: que aunque mal tratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fué esta. Finalmente el clérigo me recibió por suyo. Escapé del trueno y dí en el relámpago; porque era el ciego para con este un Alexàndre Magno, con ser la misma avaricia, como he

contado. No digo mas, sino que toda la lacéria del mundo estaba encerrada en este; no sé si de su cosecha era, ó lo habia anexado con el hábito de clericía.

Él tenia un arcaz viejo y cerrado con su llave, la qual traia atada con un agujeta del paletoque: y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arca. En toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras, algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla ó en el armario, algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran: que me parece á mí, que aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente habia una horca de cebollas y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa. Destas tenia yo de racion una para cada quatro dias: y quando le pedia

la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: toma, y vuélvela; y no hagais sino golosinar; — como si debaxo della estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dixe, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las quales él tenia tambien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro.

Finalmente yo me finaba de hambre, pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es, que partia conmigo del caldo, que de la carne tan blanco el ojo, sino un poco de pan, y pluguiera á Dios, que me demediara.

Los sábados comen en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que costaba tres maravedis. Aquella le cocia y comia los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quixadas tenia, y dábame todos los huesos roidos, y dábamelos en el plato, diciendo: ¡ toma, come, triumfa! que para tí es el mundo; mejor vida tienes que el Papa. — Tal te la dé Dios, decia yo paso entre mí.

Al cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza, que no me podia tener en las piernas de pura hambre. Víme claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en que dalle salto, y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció: que todavía, aunque astu-

to, con faltalle aquel preciado sentido, no me sentia; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenia.

Quando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caia, que no era dél registrada. El un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco, como si fueran de azogue. Quantas blancas ofrecian, tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca, todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir morí.

De la taberna nunca le traxe una blanca de vino, mas aquel poco, que de la ofrenda habia metido en su arcaz, compasaba de tal forma, que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira, mozo, los Sacerdotes han de ser muy

templados en su comer y beber: y por esto yo no me desmando como otros. — Mas el lacerado mentia falsamente, porque en confradías y mortuorios, que rezámos, á costa agena comia como lobo, y bebia mas que un saludador. Y porque dice mortuorios, Dios me perdone, que jamas fuí enemigo de la naturaleza humana, sino entónces: y esto era, porque comíamos bien, y me hartaban. Deseaba y aun rogaba á Dios, que cada dia matase el suyo. Y quando dábamos Sacramento á los enfermos, especialmente la extrema uncion, como manda el clérigo rezar á los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oracion, y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Y quando alguno destos escapaba, (Dios me lo perdone) que mil veces

le daba al diablo, y el que se moria, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas.

En todo el tiempo que allí estuve, que serian quasi seis meses, solas veinte personas falleciéron, y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, muriéron á mi reqüesta; porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que se holgaba de matarlos, por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos yo vivia, los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi quotidiana hambre, mas lo sentia. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces; mas no la via, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel

mezquino amo, mas por dos cosas lo dexaba: la primera, por no atrever á mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venia, y la otra, consideraba y decia: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dexándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si deste desisto y doy en otro mas baxo ¿que será sino fenecer? — Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe, que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á abaxar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, qual plega al Señor librar della á todo fiel Christiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un dia qual cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegó á caso á mi puerta un calderero, el qual yo creo que fué Ángel, enviado

á mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme, si tenia algo que adobar. — En mí teníades bien que hacer, y no haríades poco, si me remediásedes, dixe paso, que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu santo, le dixe: tio, una llave desta arca he perdido, y temo, mi Señor me azote; por vuestra vida veais, si en estsas que traeis hay algunas que le haga: que yo os lo pagaré.

Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que dellas traia, y yo ayudalle con mis flacas oraciones; quando no me cato veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz, y abierto, díxele: yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ay el pago. — Él tomó un bodigo de aquellos el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fué muy contento, dexándome

mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme, que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada, que el Ángel habia llevado. Y otro dia en saliendo de casa, abro mi paraiso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos Credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta: y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la trista vida.

Y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso; mas no estaba en mi dicha, que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha, y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volvien-

do y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones, y plegarias decia: ¡San Juan, y ciégale!

Despues que estuvo un gran rato, echando la cuenta por dias y dedos contando, dixo: si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dixera, que me habian tomado della panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos. Nueve quedan y un pedazo. — Nuevas malas te dé Dios, dixe yo entre mí. — Parecióme, con lo que dixo, pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarvar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada.

Fué fuera de casa: yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan, comencélo de adorar (no osando recibillo); contélos, si á dicha el lacerado

se

se errara, y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer fué, dar en ellos mil besos, y lo mas delicado, que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba: y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado. Mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca, y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, truxo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dixe: este arqueton es viejo y grande, y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros: puédese pensar, que ratones entrando en él, hacen daño á este pan; sacarlo en-

tero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir: esto bien se sufre. Y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dexo otro, de manera que en cada qual de tres ó quatro desmigaje su poco, y despues como quien toma gragéa lo comí, y algo me consolé.

Mas él como viniese á comer, y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al proprio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros, por do sospechaba habian entrado. Llamóme, diciendo: Lázaro, mira, mira, que persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. — Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué seria. — ¿Qué ha de

ser? dixo él; ratones, que no dexan cosa á vida. — Pusímonos á comer, y quiso Dios, que aun en este me fué bien: que me cupo mas pan que la lacéria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el raton cosa limpia es.

Y así aquel dia añadiendo la racion del trabajo de mis manos, ó de mis uñas, por mejor decir, acábamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las quales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡O Señor mio, dixe yo entónces, á quanta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nacidos, y quan poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! ¡He me aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar

y pasar mi lacéria, y estaba ya quanto que alegre y de buenaventura; mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo, y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo se tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen), agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriase á mis trabajos!

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo: agora, dueños traidores ratones, conviene os mudar propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé, que no dexó en la triste y vieja arca agujero, ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y ví los dos ó tres panes comenzados, los que

mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna lacéria, tocándolos muy ligeramente á uso de esgrimidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta hambre, noche y dia estaba pensando la manera que ternia en sustentar el vivir, y pienso para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen, que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura: y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando como me podria valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes, que daba quando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo el dia pensado lo que habia de hacer, y dexado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte do le hallase, voyme al triste

arcaz, y por do habia mirado tener ménos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno dél usé. Y como la antiqüísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, ántes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice segun de yuso está escrito. Y con aquello algun tanto consolado, tornando á cerrar, me volví á mis pajas, en las quales reposé y dormí un poco, lo qual yo hacia mal, y echábalo á no comer; y así seria, porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del Rey de Francia.

Otro dia fué por el Señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones, y de-

cir: ¿qué dirémos á esto? ¿nunca haber sentido ratones en esta casa, sino agora? — Y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reyno justamente dellos previlegiada, aquella de razon habia de ser; porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas á atapárselos.

Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pie con mi aparejo, y quantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche. En tal manera fué y tal priesa nos dímos, que sin duda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra, otra se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope; pues quanto él texia de dia, rompia yo de noche. Y en pocos dias y noches pusímos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propriamente della hablar, mas

corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenia.

De que vió no le aprovechar nada su remedio, dixo: este arcaz está tan mal tratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton, á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él, nos dexará sin guarda: y aun lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres ó quatro reales. El mejor remedio que hallo, pues él de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso, que á los vecinos pedia, contino el gato estaba armado dentro del arca, lo qual era para mí singular auxìlio; porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me

holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo y preguntaba á los vecinos, qué podria ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato?

Acordáron los vecinos, no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera ménos de haber caido alguna vez. Díxole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda. Y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. — Quadró á todos lo que aquel dixo, y alteró mucho á mi amo: y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto,

que qualquier gusano de la madera que de noche sonase pensaba ser la culebra, que lo roia el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote, que á la cabecera, desde que aquello le dixéron, ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. Á los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dexaba dormir. Íbase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo; porque le decian, que de noche acaecia á estos animales, buscando calor, irse á las cunas donde están criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar.

Yo los mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: ¿esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor.

Plega á Dios, que no me muerda, decia yo, que harto miedo le tengo.

Desta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que mi fe la culebra, ó el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche, ni levantarse al arca; mas de dia, miéntras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos. Los quales daños viendo y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debaxo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro, metella de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaeció tener en ella doce ó quince maravedis todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer; porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no de-

xando costura ni remiendo que no me buscaba muy amenudo.

Pues así, como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin rezelo que el bruxo de mi amo cayese con ella. Mas quando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia. Quisiéron mis hados, ó por mejor decir, mis pecados, que una noche, que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el ayre y resoplo, que ya durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba, segun mi desastre quiso, muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de

la culebra. Y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se habia venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debaxo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dexó.

Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él, que se habia llegado á mí, y dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre, que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho, y con mucha priesa fué á buscar lumbre: y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera, que debia estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras que podria ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era; porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el raton y culebra, que me daban guerra y me comian mi hacienda, he hallado. — De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la balena; mas de como esto que he contado oí, despues que en mí torné, decir á mi amo, el qual á quantos allí venian, lo contaba por extenso.

Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y víme echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceytes y ungüentos, y espantado dixe: ¿qué es esto? — Respondióme el cruel sacerdote: á fe que los ratones

y culebras que me destruyan, ya los he cazado. — Y miré por mí, y víme tan mal tratado, que luego sospeché mi mal.

Á esta hora entró una vieja, que ensalmaba, y los vecinos, y comienzan me quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo: y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dixéron: pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios, no será nada. — Ay tornáron de nuevo á contar mis cuitas, y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido, y apénas me pudiéron remediar. Y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle, díxome: Lázaro, de hoy mas

eres tuyo y no mio. Busca amo, y vete con Dios: que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible, sino que hayas sido mozo de ciego. — Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa y cierra su puerta.

CAPÍTULO QUARTO.

Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lō que le acaeció con él.

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco con ayuda de las buenas gentes dí comigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida. Miéntras estaba malo, siempre me daban alguna limosna, mas despues que estuve sano, todos me decian: ¡tú bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas! — ¿Y adonde se hallará ese, decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no lo criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero, que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en órden. Miróme y yo á él, y díxome: ¿muchacho, buscas amo?

Yo le dixe: sí Señor.

Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar comigo. Alguna buena oracion rezaste hoy.

Yo seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parecia segun su hábito y continente ser el que yo habia menester.

Era de mañana quando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasámos por las plazas do se vendia pan y otras provisiones, y yo pensaba y aun deseaba, que allí me queria cargar de lo que se

vendia, porque esta era propria hora quando se suele proveer de lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Porventura no le vée aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Desta manera anduvímos hasta que dió las once; entónces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le ví oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entónces salímos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzámos á ir por una calle abaxo. Yo iba el mas alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré, que debia ser hombre mi nuevo amo, que se proveia en junto y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y aun la habia menester.

En este tiempo dió el relox la una

despues de medio dia, y llegámos á una casa, ante la qual mi amo se paró y yo con él. Y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puerta. Entrámos en casa, la qual tenia la entrada obscura y lóbrega, de tal manera, que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Des que fuímos entrados quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudímos y doblámos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Hecho esto sentóse cabo della, preguntándome muy por extenso, de donde era, y como habia venito á aquella ciudad? y yo le dí mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia.

Con todo eso yo le satisfice de mi persona, lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho estuvo así un poco, y yo luego ví mala señal, por ser ya casi las dos, y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abaxo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes, sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco ni mesa, ni aun tal arcaz como él de marras. Finalmente ella parecia casa encantada.

Estando así, díxome: tú mozo ¿has comido? — No Señor, dixe yo: que aun no eran dadas las ocho, quando con Vuestra Merced encontré.

Pues aunque de mañana, dixo él, yo habia almorzado, y quando así como algo, hágote saber, que hasta la

noche me estoy así. Por eso pásate como pudieres, que despues cenarémos.

Vuestra Merced crea quando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representáron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos: allí se me vino á la memoria la consideracion, que hacia quando me pensaba ir del clérigo, diciendo, que aunque aquel era desventurado y mísero, porventura toparia con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera, y con todo disimulando lo mejor que pude, le dixe: Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta: y así fuí yo loado della hasta hoy dia de los amos que yo he tenido.

Virtud es esa, dixo él, y por eso te querré yo mas; porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente de los hombres de bien.

Bien te he entendido, dixe yo entre mí. Maldita tanta medicina y bondad, como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. El que vió esto, díxome: ven acá, mozo; ¿qué comes? — Yo lleguéme á él, y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díxome: ¡por mi vida, que parece este buen pan.! — ¿Y como agora, dixe yo, Señor, es bueno? — Sí á fe, dixo él. ¿Adonde lo hubiste? ¿si es amasado de manos limpias? — No sé yo eso, le dixe; mas á mí no me pone asco el sabor dello. — Así plega á Dios, dixo el

pobre de mi amo. Y llevándolo á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. ¡Sabrosísimo pan está, dixo; por Dios!

Y como le senú de que pie coxeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa ántes que yo, se comediria ayudarme á lo que me quedase. Y con esto acábamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una cámara que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y des que hubo bebido, convidóme con él. Yo por hacer del continente, dixe: Señor, no bebo vino. — Agua es, me respondió, bien puedes beber. — Entónces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvímos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á

las quales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebímos, y díxome: mozo, párate allí, y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. — Púseme de un cabo y él del otro, y hecímos la negra cama, en la qual no habia mucho que hacer; porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el qual estaba tendida la ropa, que por no estar muy continuada a lavar, se no parecia colchon, aunque servia dél, con harta ménos lana que era menester. Aquel tendímos haciendo cuenta de ablandalle, lo qual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enxalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo proprio entrecuesto de flaquísimo puerco, y sobre aquel hambriento colchon

un alfamar del mismo jaez, del qual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díxome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean. Pasemos como podemos, y mañana veniendo el dia, Dios hará merced; porque yo, por estar solo, no estoy proveído, ántes he comido estos dias por allá fuera; mas agora hacerlo hemos de otra manera.

Señor, de mí, dixe yo, ninguna pena tenga Vuestra Merced, que bien sé pasar una noche y aun mas, si es menester, sin comer.

Vivirás mas sano, me respondió; porque como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho, que comer poco.

Si por esa via es, dixe entre mí, nunca yo moriré: que siempre he guar-

dado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha á tenella toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus pies, lo qual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche no dexáron de rifar y encenderse: que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne: y tambien, como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la qual con el sueño no tenia amistad. Maldixeme mil veces (¡Dios me lo perdone!) y á mi ruin fortuna, allí lo mas de la noche, y lo peor, no osando me revolver por no despertalle, pedia Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa: y yo, que

le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer de espacio, echéle aguamanos. Peinóse y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díxome: ¡o si supieses, mozo, que pieza es esta! ¡no hay marco de oro en el mundo, por que yo la diese; mas así ninguna de quantas Antonio hizo, no acertó á ponelle los aceros tan prestos, como esta los tiene! — Y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: Vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo de lana. — Y yo, dixe entre mí, con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de quatro libras.

Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles menéos, echando el cabo de la capa sobre el ombro y á veces so el brazo, y poniendo la

mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al rio, que aquí baxo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque, si yo viniere en tanto, pueda entrar.

Y súbese por la calle arriba, con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente al Conde de Arcos, ó á lo ménos camarero que le daba de vestir.

¡Bendito séais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y poneis el remedio! ¿Quien encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de si lleva, haber â noche bien cenado, y dormido en buena cama, y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? ¡Grandes secretos son, Señor,

los que vos haceis, y las gentes ignoran! ¿Á quien no engañara aquella buena disposicion y razonable capa y sayo, y quien pensara, que aquel gentilhombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro truxo un dia y noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza: y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡O Señor, y quantos de aquestos debeis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra, lo que por vos no sufririan!

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Torméme á entrar en casa, y en un Credo la anduve toda alto y baxo, sin hacer represa, ni

hallar en qué. Hago la negra dura cama, y tomo el jarro, y doy comigo en el rio, donde en una huerta ví á mi amo en gran reqüesta con dos rebozados mugeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta, ántes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macias, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintiéron dél, que estaba bien enternecido, nó se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar, con el acostumbrado pago. Él sintiéndose tan frío de bolsa quanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse

en la plática, y á poner excusas no validas. Ellas que debian ser bien instituidas, como le sintiéron la enfermedad, dexáronle para el que era.

Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las quales me desayuné con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la qual pensé barrer alguna parte que bien era menester, mas no hallé con qué. Púseme á pensar que haria, y parecióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y porventura traxese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza. Des que ví ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome á mi menester con baxa y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas

y

y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que ántes que el relox diese las quatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos.

Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Quando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré vínose para mí, y pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme do ve-

nia; yo le dixe: Señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví, que Vuestra Merced no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y han me dado esto que veis. — Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo de la halda traia.

Á lo qual él mostró buen semblante, y dixo: pues esperado de he á comer, y de que ví que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios, que no hurtalle: y así él me ayude, como ello me parece bien; y solamente te encomiendo, no sepan que vives comigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo, que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido, nunca á él yo hubiera de venir.

Deso pierda, Señor, cuidado, le dixe yo, que maldito aquel que nin-

guno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla.

Agora pues come, pecador, dixo él, que, si á Dios place, presto nos vérémos sin necesidad, aunque te digo, que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pie, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda dellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda y comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo habia dél, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por

ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidalle; mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Finalmente yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del mio, y se desayunase como el dia ántes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y ménos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deséo, y aun pienso que el suyo; porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y díxome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo vée hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga.

La muy buena, que tú tienes, dixe yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa.

Con todo parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díxele: Señor, el buen aparejo

hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tambien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor.

¿Uña de vaca es? preguntó él.

Sí Señor, le dixe yo.

Dígote, dixo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan, que así me sepa.

Pues pruebe, Señor, dixe yo, y verá que tal está.

Póngole en las uñas la otra, y tres ó quatro raciones de pan de lo mas blanco. Asentóseme al lado y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera.

Con almodrote, decia, es este singular manjar.

Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso.

Por Dios, dixo él, que me ha

sabido, como si no hubiera hoy comido bocado.

Así me vengan los buenos años, como es ello, dixe yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traido: es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia á mi amo sobrado la comida. Bebímos y muy contentos nos fuímos á dormir, como la noche pasada.

Y por evitar prolixidad, desta manera estuvímos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana, con aquel contento y paso contado, a papar ayre por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines, que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo le queria bien, con ver que no tenia ni po-

dia mas, y ántes le habia lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal. Porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres: y en tánto yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jupon y las calzas, que á la cabecera dexó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca, ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie dalo que no tiene; mas el avariento ciego, y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ámbos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre. Aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla.

Dios me es testigo, que hoy dia quando topo con alguno de su hábito, con aquel paso y pompa, le he lástima,

con pensar si padece lo que aquel le ví sufrir, al qual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho.

Solo tenia dél un poco de descontento, que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abaxara un poco su fantasía, con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordáron el ayuntamiento, que todos los pobres extrangeros se fuesen de la ciudad, con pregon, que el

que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así executando la ley, desde á quatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las quatro calles. Lo qual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar.

Aquí viera quien vello pudiera la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores della, tanto que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado, ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mugercillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes y vivian par de nosotros, con las quales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la lacéria que les traian me daban alguna cosilla, con la qual muy pasado me pasaba. Y no tenia tanta lástima de mí, como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió; á lo ménos en casa bien los estuvímos

sin comer, no sé yo como ó donde andaba y que comia. Y velle venir á medio dia la calle abaxo con estirado cuerpo, mas largo que galgo de buena casta. Y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta, escarvando los que nada entre sí tenian, quexándose todavía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves es lóbrega, triste y obscura. Miéntras aquí estuviéremos, hemos de padecer: ya deseo se acabe este mes, por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución, un dia, no sé por qual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el qual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: toma, Lázaro, que Dios ya va

abriendo su mano. Vé á la plaza, y merca pan y vino y carne, quebremos el ojo al diablo. Y mas te hago saber porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas de en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, quanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene, y tal obscuridad y tristeza. Ve y ven presto, y comamos hoy como Condes.

Tomo mi real y jarro, y á los pies dándoles priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. ¿Mas qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este, porque yendo la calle arriba, echando

mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios, que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abaxo muchos clérigos y gente en unas andas traian. Arriméme á la pared por darles lugar, y des que el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser su muger del defunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mugeres, la qual iba llorando á grandes voces, y diciendo: ¡marido y señor mio, adonde os me llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y obscura, á la casa donde nunca comen ni beben!

Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dixe: ¡o desdichado de mí! ¡para mi casa llevan este muerto! — Dexo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abaxo á todo el

mas correr que pude para mi casa: y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxìlio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga ayudar y á defender la entrada. El qual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dixo: ¿qué es eso mozo? ¿qué voces das? ¿que has, porque cierras la puerta con tal furia?

O Señor, dixe yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto.

¿Como así? respondió él.

Aquí arriba lo encontré, dixe yo, y venia diciendo su muger: ¡marido y señor mio, adonde os llevan! ¡á la casa lóbrega y obscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! — Acá, Señor, nos le traen.

Y ciertamente quando mi amo esto oyó, aunque no tenia por que estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este

tiempo tenia ya yo echada el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa.

Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me rezelaba, que nos le habian de meter en casa. Y des que fué ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díxome: verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.

Déxalos, Señor, acaben de pasar la calle, dixe yo.

Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester, segun el miedo y alteracion: y me torno á encaminar. Mas aunque comímos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces

que se le acordaba aquella mi consideracion.

Desta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extrangero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deséo, y supe lo que deseaba, porque un dia que habíamos comido razonablemente, y estaba algo contento, contóme su hacienda, y dixome ser de Castilla la vieja, y que habia dexado su tierra no mas, de por no quitar el bonete á un caballero su vecino.

Señor, dixe yo, si él era lo que decis y tenia mas que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decis que él tambien os lo quitaba.

Sí es y sí tiene, y tambien me lo

quitaba él á mí, mas de quantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano.

Paréceme, Señor, le dixe yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas.

Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves, un escudero, mas vótote á Dios, si al Conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay, ántes que llegue á mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al Rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho

su

su persona. Acuérdome, que un dia deshonré en mi tierra á un oficial y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia: mantenga Dios á Vuestra Merced. — Vos Don villano ruin, le dixe yo, ¿porque no sois bien criado? ¿Mantenga os Dios me habeis de decir, como si fuese quien quiera? — De allí adelante de aquí aculla me quitaba el bonete, y hablaba como debia.

¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dixe yo, decirle que le mantenga Dios?

Mira, mozo, de en hora mala, dixo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos, como yo, no les han de hablar ménos de: beso las manos de Vuestra Merced; ó por lo ménos: besoos, Señor, las manos; si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra, que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise

sufrir, ni sufria, ni sufriré á hombre del mundo del Rey abaxo, que mantenga os Dios me diga.

Pecador de mí, dixe yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue.

Mayormente, dixo, que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de docientos mil maravedis, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar, que á no estar derribado como está, daria cada año mas de docientos palominos: y otras cosas que me callo, que dexé por lo que tocaba á mi honra. Y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y Señores de la iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no

les sacara de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y sino, anda con Dios, os dicen. Y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas, comido por servido. Ya quando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon ó raida capa ó sayo. Ya quando asienta hombre con un Señor de título, todavía pasa su lacéria; pues porventura no hay en mi habilidad para servir y contentar á estos. Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentille tambien como otro, y agradalle á las mil maravillas. Reille ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille

cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio; porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba. Si riñiese con alguno su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador. Malsinar á los de casa y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas, para contárselas, y otras muchas galas desta calidad, que hoy dia se usan en palacio y á los señores dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, ántes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien

el señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan como digo el dia de hoy, de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que hallé.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja: el hombre le pide el alquilé de la casa, y la vieja él de la cama. Hacen cuenta y de dos meses le alcanzáron, lo que él en un año no alcanzara: pienso que fuéron doce ó trece reales. Y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta: por manera que á la tarde ellos volviéron, mas fué tarde; yo les dixe, que aun no era venido.

Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas y contéles el caso, y allí

dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas á estotra puerta. Las mugeres les responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntáron por él, y díxeles, que no sabia adonde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa, des que salió á trocar la pieza, y que pensaba, que de mí y de ellos se habia ido con el trueco.

De que esto me oyéron, van por un alguacil y un escribano, y he los dos vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llaman me, y llaman testigos, y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo, hasta ser pagados de su deuda. Anduviéron toda la casa, y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme: ¿qué es de la hacienda de tu amo? ¿sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

No sé yo eso, le respondí.

Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está.

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: muchacho, tú eres preso, si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí habia sido muchas veces, mas era mansamente del trabado, para que mostrase el camino al que no via. Yo tuve mucho miedo, y llorando prometíle de decirlo que me preguntaban. — Bien está, dicen ellos; pues dí lo que sabes, y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome que tenia.

Señores, dixe yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dixo, es un

muy buen solar de casas, y un palomar derribado.

Bien está, dicen ellos; por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á que parte de la ciudad tiene eso? me preguntáron.

En su tierra, les respondí.

Por Dios, que está bueno el negocio, dixéron ellos. ¿Y adonde es su tierra?

De Castilla la vieja me dixo él que era, les dixe.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas, que estaban presentes, dixéron: Señores, este es un niño innocente, y ha pocos dias, que está con ese escudero, y no sabe dél mas que Vuestras Mercedes: sino quanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa y le damos de comer lo que po-

demos, por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi innocencia, dexáronme, dándome por libre, y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la muger sus derechos, sobre lo qual tuviéron gran contienda y ruido; porque ellos alegáron no ser obligados á pagar, pues no habia de que, ni se hacia el embargo. Los otros decian, que habian dexado de ir á otro negocio, que les importaba mas, por venir á aquel. Finalmente despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces, no se en que paró. Creo yo, que el pecador alfamar pagara por todos, y bien se empleaba, pues al tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Asi como he contado me dexó mi

pobre tercero amo, do acabe de conocer mi ruin dicha, pues señalándose todo lo que podria contra mí, hacia mis negocios tan al reves, que los amos que suelen ser dexados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dexase y huyese de mí.

CAPÍTULO QUINTO.

Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el quarto, y este fué un fraile de la merced, que las mugercillas que digo me encamináron, al qual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompia él mas zapatos, que todo el convento.

Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me

duráron ocho dias, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto y por otras cosillas, que no digo, salí dél.

CAPÍTULO SEXTO.

Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura dí, que fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayôr echador dellas, que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones.

En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas no tan poco de mucho valor ni substancia: una lechuga Murciana, si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de

duraznos, cadasendas peras verdiñales. Así procuraba tener los propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos; si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon, mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabia que los dichos clérigos eran de los reverendos, (digo que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan), hacíase entre ellos un santo Thomas, y hablaba dos horas en latin, á lo ménos que lo parecia, aunque no lo era.

Quando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios: y porque todos los que le veia hacer seria largo de contar, diré

uno muy sotil y donoso, con el qual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando que hacer, se acordó de convidar al pueblo, para otro dia de mañana despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego viniéron á reñir, y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario, Sobre esto el Señor Comisario, mi señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces, que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados, procurándose

de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las quales el alguacil dixo á mi amo, que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas.

Finalmente que los del pueblo viendo que no bastaban para ponellos en paz, acordáron de llevar al alguacil de la posada á otra parte: y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubiéron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así echámos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon, para despedir la bula. Y el pueblo se juntó, el qual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil

riñendo

riñendo lo habia descubierto. De manera que atras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborreciéron.

El señor Comisario se subió al pulpito, y comienza su sermon y á animar la gente, á que no quedasen sin tanto bien y indulgencia, como la sancta bula traia. Estando en lo mejor del sermon, entró por la puerta de la iglesia al alguacil, y des que hizo oracion, levantóse y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir: buenos hombres, oidme una palabra, que despues oiréis á quien quisiéredes. Yo vine aquí con este echacuervos, que os predica, el qual me engañó y dixo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente, que las bulas que predica son

falsas, y que no le creais ni las tomeis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dexo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos, como yo no soy con él ni le doy á ello ayuda, ántes os desengaño y declaro su maldad. — Y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados, que allí estaban, se quisiéron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo; mas mi amo les fué á la mano, y mandó á todos, que so pena de excomunion no le estorbasen, mas que le dexasen decir todo lo que quisiese. Y así él tambien tuvo silencio, miéntras el alguacil dixo todo lo que he dicho. Como calló, mi amo le preguntó, si queria decir mas, que lo dixese. El alguacil dixo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta.

El señor Comisario se hincó de rodillas en el pulpito, y puestas las manos y mirando al cielo, dixo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida ántes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, tú sabes la verdad, y quan injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones: no mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice. Mas la injuria á tí hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules; porque alguno que está aquí, que porventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dexara de hacer. Y pues es tanto perjuicio del próxìmo, te suplico yo, Señor, no le disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera: que si es verdad lo que aquel dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este pulpito se hun-

da comigo, y meta siete estados debaxo de tierra, do él ni yo jamas parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que están presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apénas habia acabado su oracion el devoto señor mio, quando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar: y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y torcella, y hacer visages con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos; unos decian: ¡el Señor le socorra y valga! otros: ¡bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio!

Finalmente algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegáron y le trabáron de los brazos, con los quales daba fuertes puñadas á los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuviéron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo, que tan recias coces tirase. Y así le tuviéron un gran rato, porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban en los hocicos.

Á todo esto el señor mi amo estaba en el pulpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces, que en la iglesia habia, no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegáron á él, y dando voces le despertáron, y le suplicáron, quisiese socorrer á aquel

pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padecia, por amor de Dios lo hiciese: pues ellos veian clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor Comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delinquente y á todos los que al rededor estaban, y muy pausadamente les dixo: buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre, en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle, que cumpla lo que nos manda, y su Magestad perdone á es-

te que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos á suplicalle.

Y así baxó del pulpito y encomendoles, que muy devotamente suplicasen á nuestro Señor, tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su Magestad habia permitido, que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincáron de rodillas y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baxa una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no ménos larga que devota, con la qual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de la pasion de predica-

dor y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepentiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho mandó traer la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y des que fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor Comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos. Y á to-

mar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella, marido y muger, y hijos y hijas, mozos y mozas. Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y quando á ellos llegábamos, no era menester sermon, ni ir á la iglesia: que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores, donde fuímos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas, sin predicar sermon.

Quando se hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí dello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso y inventivo de mi amo: y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dixe entre mí: ¡quantas des-

tas deben de hacer estos burladores entre la innocente gente!

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de quatro meses, en los quales pasé tambien hartas fatigas.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

Como Lázaro se asentó con un Capellan, y lo que con él pasó.

Despues desto asenté con un maestro de pintar panderos, para molelle los colores, y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un Capellan della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y quatro cantaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada dia á mi amo treinta maravedis ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo de-

mas entre semana de treinta maravedis. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de quatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para vestirme muy honradamente de la ropa vieja, de la qual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar.

Des que me ví en hábito de hombre de bien, dixe á mi amo, se tomase su asno, que no queria mas seguir aquel oficio.

CAPÍTULO OCTAVO.

Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.

Despedido del Capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corriéron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos, y á mi amo, que espero, tratáron mal, mas á mí no me alcanzáron.

Con esto renegué del trato, y pensando en que modo de vivir haria mi asiento, por tener descanso,

y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entónces pasados fuéron pagados, con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el qual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de Vuestra Merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos, que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano, tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender

ó algo, si Lazaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el Señor Arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí, que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer.

Y así me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido; porque allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo, por las pascuas su carne, y quando el par de los bodigos, las calzas viejas que dexa, y hizo nos alquilar una casilla par de

la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa. Mas malas lenguas, que nunca faltáron, no nos dexan vivir, diciendo no sé que y si sé, que veen á mi muger irle á hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; porque allende de no ser ella muger que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un dia muy largo delante della, y me dixo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaria, alguno viendo entrar en mi casa tu muger, y salir della. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho.

Señor, le dixe, yo determiné de ar-

arrimarme á los buenos. Verdad es, que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que ántes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque está ella delante.

Entónces mi muger echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado: en tal manera, que quisiera ser muerto, ántes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo, y mi señor de otro, tanto le dixímos y otorgámos, que cesó su llanto, con juramento que le hice, de nunca mas en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien, de que ella entrase y saliese de noche y de

dia, pues estaba bien seguro de su bondad.

Y así quedámos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, ántes quando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo: mira, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes, y mas bien que yo merezco: que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena muger, como vive dentro de las puertas de Toledo: y quien otra cosa me dixere, yo me mataré con él. — Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fué el mesmo año, que nuestro

victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hiciéron grandes regocijos y fiestas, como Vuestra Merced habrá oido.

CAPÍTULO NONO.

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos Tudescos y lo que con ellos pasaba.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian, para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extrangeros, que doquiera que llegaba, no habia para mí puerta cerrada. Y en tanta manera me ví favorecido, que

me parece si entónces matara un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dexaba boquisecos, queriéndolos llevar comigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do hacíamos la buena y esplendida vida y gira. Allí nos aconteció muchas veces, entrar en nuestros pies y salir en agenos.

Y lo mejor desto es, que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar: ántes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa, fingiendo quererlo pagar, tomábanlo por afrenta, y mirábanme con alguna ira, y decian: ¡nite, nite, asticot, lanz! reprehendiéndome, diciendo, que do ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de

amores de tal gente; porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero, cocidas en aquellos cordiales vinos con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan, me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos: que tenia en mi casa de comer yo y mi muger, hasta hartar una semana entera.

Acordábame en estas harturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias, que así andan las cosas y tiempos. Mas como dice el refran: quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá; así me acaeció. Que se mudó la gran Corte, como hacer suele, y al partir fuí muy requirido de aquellos mis grandes amigos, me fuese con ellos, y que me harian y acontecerian. Mas acordándome del proverbio que se dice: mas vale el mal conocido, que el bien por

conocer; agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí dellos.

Y cierto si casado no fuera, no dexara su compañia, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion: y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en qualquier bodegon, la gorra quitada, si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tambien proveida, que no me la dé Dios peor, quando buena sed tuviere. Mas el amor de la muger y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen: ¿de do eres, hombre? tiráron por mí.

Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana. Estuve muy á mi placer con acrecentamiento de alegría y linage, por el nacimiento de

una muy hermosa niña, que en estos medios mi muger parió: que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia: hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida, con otros tantos de trabajos y amarga muerte.

¡O gran Dios! ¿y quien podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no dexe holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos?

TABLA

DE LOS CAPITULOS.

CAP. I. *Cuenta Lázaro su vida, y cujo hijo fué* . *Pag.* 7

CAP. II. *Como Lázaro se puso á servir y adestrar un ciego.* — 13

CAP. III. *Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.* . — 38

CAP. IV. *Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.* . — 65

CAP. V. *Como Lázaro se asentó con un fraile de la merced, y de lo que le acaeció con él.* . — 107

CAP. VI. *Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.* . — 109

CAP. VII. *Como Lázaro se asentó con un Capellan, y lo que con él pasó.* . . — 123

CAP. VIII. *Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acasció con él.* . Pag. 125

CAP. IX. *En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos Tudescos, y lo que con ellos pasaba.* — 132

Impreso por Herbst y Sieghart, en Penig.

ERRATAS.

Pag. 46. l. 11. *lease* esas.
— 52. l. 10. . . apriese
— 63. l. 15. . . transido de hambre,
— 113. l. 11. . . el